

DAN
KROKOS



FALSOS RECUERDOS

EL PASADO NO ES MÍO.
MURIÓ CON MIRANDA EN AQUEL CALLEJÓN.
EL FUTURO ACASO LO SEA.

CAPÍTULO UNO

EN LA ZONA DE RESTAURACIÓN me topo con un vigilante apoyado en una columna. Barre las mesas con la mirada y sus dedos juegan con el silbato que lleva colgado a la altura del esternón. Con la mano izquierda marca un ritmo sobre uno de sus muslos. Según su placa identificativa, se llama C. Lyle.

Me acerco a él. Pasan cinco segundos antes de que me mire.

—Hola —saludo—. He perdido la memoria. Me preguntaba si podría ayudarme.

—¿Has perdido la memoria?

No sé por qué lo repite. No hay duda de que me ha oído perfectamente.

Se endereza impulsándose contra la columna. En la barbilla le crecen unos cuantos pelillos rubios y tiene la frente llena de acné; una parte de él no ha superado todavía la pubertad.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Miranda North.

—¿Y cuántos años tienes?

—Diecisiete.

Cuando sube un solo lado de la boca me percató de que pretende mentir: nadie sonrío así de forma natural. Eso sí que lo recuerdo.

—Por lo visto no la has perdido del todo. Sabes quién eres.

Eso es verdad a medias. Recuerdo mi nombre y mi edad, recuerdo qué es un vigilante jurado, pero no recuerdo nada de mi vida. Espero que eso sea normal en los amnésicos.

La muchedumbre me empuja, me obliga a acercarme a C. Lyle. Intento resistirme; estar expuesta de este modo hace que me pique la piel, no sé por qué.

—No recuerdo nada más —contesto.

Es cierto. Esta mañana me he despertado en un banco, contemplando la Terminal Tower. Como sé que ese edificio está en Cleveland, nada más verlo he pensado que ya era mala suerte despertarse sin memoria en Cleveland. No en San Diego ni en Dallas, donde hace sol más de un par de días al año. La única razón lógica de que me encuentre aquí es que esta ciudad es mi hogar.

Sé que me llamo Miranda North y que tengo diecisiete años y medio. Llevo cuatrocientos dólares en el bolsillo.

—¿Por qué iba a mentir? —inquiero.

—Porque eres una cría y a las crías les gusta vacilar a los vigilantes.

No me imagino por qué. Si quiere que me quede aquí hasta que se vea obligado a atenderme, juguemos.

Después de dar una vuelta por la ciudad encontré un espejo en unos lavabos públicos y no reconocí a la chica que me clavaba los ojos. Bueno, en realidad sí, sabía que esa chica era yo, claro, pero si antes de eso alguien me hubiera preguntado por el color de mi cabello, no hubiera sabido qué responder. Es castaño rojizo, liso, y me llega por debajo de los hombros. Soy musculosa, como si me pasara el día en el gimnasio. La línea de mis abdominales es visible sin contraerlos. No soy corpulenta, pero tampoco blanda, en absoluto. Puede que sea gimnasta. Tengo los ojos del mismo color que el pelo: qué raro.

Estuve dando vueltas hasta que entré en el centro comercial. Al principio me sentía cómoda, no tenía miedo, porque no sabía qué temer. La pérdida de memoria podía ser algo temporal. Sin embargo, al cabo de un rato mis ojos empezaron a buscar cobijo por su cuenta, lugares donde esconderme. Escudriñaba las caras de la gente y juzgaba sus expresiones como amistosas o amenazadoras. Observaba sus movimientos valorando si se preparaban para atacar. Nadie parecía dispuesto.

«Paranoia», pensé. Hice lo posible por aparentar serenidad, aunque solo sentía desasosiego y la mirada se me iba a todas partes en busca de algún asidero tranquilizador.

Al cabo de un rato me harté. Tenía que pedirle ayuda a alguien. Subí por las escaleras mecánicas a la zona de restauración de la segunda planta. Encontré una mesa en una esquina donde descansar y pensar.

Fue entonces cuando vi a C. Lyle apoyado en la columna.

—Déjeme utilizar un móvil o algo.

Quizá si sostengo un teléfono mis dedos rememoren lo que mi mente no puede recordar.

Por primera vez C. Lyle me estudia con atención mientras sus cejas se afanan por fundirse sobre sus ojos.

—¿Me tomas el pelo?

Trato de mantener la calma, de parecer razonable, pero el vacío que siento en el pecho se agranda, el miedo a no recordar nunca quién soy se recrudece.

Solo de pensarlo me duelen los ojos, como si hubiera mirado al sol unos segundos. El calambre crece en mi cabeza hasta convertirse en una jaqueca de primera. Lo que me faltaba. Parpadeo varias veces. Al mirar por encima del hombro veo que la cola del restaurante Charley's describe una espiral.

—No —le contesto—, claro que no. Esperaba recuperar la memoria, esperaba que esto solo fuese temporal, pero no ha sido así, en absoluto. Necesito ayuda.

Él señala la bolsa que llevo en la mano.

—¿Has perdido la memoria pero has tenido tiempo de ir de compras?

Miro la bolsa.

—Llevaba algo de dinero y me he comprado un par de cosas.

Comprar algo en un centro comercial. Para ser normal. Para no vomitar en la papelería más próxima.

Señala el suelo.

—Déjala ahí.

Lo hago.

Se pone en cuclillas, abre la bolsa y levanta una ceja.

—¿Contiene algo que pueda hacerme daño?

—¿Qué? ¡No!

La forma en que me mira, como si fuera una delincuente, me pone la carne de gallina.

—¿Seguro?

El dolor que siento detrás de los ojos se convierte en quemazón, en una lanza ardiente que me atraviesa el puente de la nariz. No parece un dolor de cabeza normal, pero quizá haya olvidado cómo es un dolor de cabeza normal. Tomo un poco de aire y me froto los ojos mientras C. Lyle se inclina sobre la bolsa y rebusca en su interior. Saca el sujetador rojo que me ha costado cuarenta dólares.

—¡Qué cosas! ¿Pierdes la memoria y vas a comprarte sujetadores? —pregunta.

Alguien se tropieza conmigo. Me echo hacia adelante para no encajarle un codazo, lo que, por algún motivo, es mi primera reacción. C. Lyle no me mira; observa la zona de piel lechosa entre los tirantes de mi top negro.

—Tengo todo el tiempo del mundo —contesto—. Ya le he dicho que ignoro dónde tendría que estar.

Me conformaría con una mentira, unas palabras de consuelo. *Todo saldrá bien, Miranda.*

Comprueba que el resto de lo que llevo en la bolsa es ropa que he comprado para tener algo limpio que ponerme. Si tengo que fingir que he venido a comprar, de paso me hago con unos vaqueros.

Se levanta y se sacude las manos como si se le hubieran ensuciado.

—Ya está bien. Largo de aquí. O te vas tú o te echo yo.

Entreabro la boca. No lo entiendo. Acabo de explicarle que no recuerdo nada y él intenta echarme como si tuviera cosas más importantes que hacer.

—Por favor —ruego—, no sé qué me ha pasado.

Si lo supiera, todo iría bien. Quizá el motivo llenaría en parte el vacío que siento. Quizá no me dolería tanto la cabeza.

El vigilante deja caer la mano sobre mi hombro y aprieta.

Es como si la cuerda de un piano me atravesara de la cabeza a los pies, y esa cuerda se tensa y se rompe. Agarro su brazo con ambas manos y las pego a mi pecho. Mis botas negras chirrían cuando giro hasta darle la espalda sin soltar su brazo. Tiro de él por encima del hombro y apoyo la cadera contra su muslo. Vuela por encima de mí, pateando como si montara una de esas bicicletas acrobáticas.

C. Lyle aterriza bruscamente sobre la espalda exhalando una bocanada de aire y saliva.

Me quedo inmóvil, mirándolo estupefacta. En mi mente destella un letrero luminoso que advierte: «Te has metido en un lío».

Su expresión es un calco de la mía. Excepto por nuestro entorno inmediato, la vida continúa en la zona de restauración. La cola del Charley's sigue aumentando. Un niño vuelca un vaso y su madre lo re-

gaña con el dedo y le grita. Alguien hace una pelota con un envoltorio, la lanza a una papelera, falla y no la recoge.

C. Lyle manotea el táser tratando de desabrochar la correa de sujeción.

Tengo que detenerlo, tengo que demostrarle que ha sido sin querer. Porque es verdad; no tengo ni idea de por qué lo he hecho. Entre tanto ha conseguido desabrochar la hebilla y sus dedos empuñan el táser. Yo dejo de pensar.

Lanzo la mano hacia delante con la palma hacia arriba.

—*¡Espere!*

Al decirlo vuelve el dolor de cabeza, peor que nunca. Guiño los ojos con fuerza, pero no cede. Mi cerebro ha sido reemplazado por una enorme brasa ardiente. El dolor, la incandescencia, parecen salir en ondas de mi cabeza y expandirse a mi alrededor.

C. Lyle se queda completamente inmóvil en el suelo, la mano aferrada al táser. Se le desencajan los ojos y todo su cuerpo tiembla. Los espasmos de la mano son tan violentos que le impiden desenfundar el arma, menos mal. La gente cercana se aparta en lugar de ayudarle, luego se quedan paralizados.

A continuación, corren.

C. Lyle rueda sobre la tripa. Intenta levantarse doblando una pierna en la que se apoya, pero se resbala y vuelve a caer. De mi cabeza continúan brotando ondas de calor: cada pulsación es un alivio, cada segundo que pasa me siento algo mejor.

La gente huye de mí, de nosotros. El martilleo de los pies retumba en mis oídos. Aunque lágrimas de dolor me nublan la vista, mis ojos buscan una salida. Sin embargo, en lugar de una vía de escape, solo encuentran rostros de bocas abiertas y ojos desorbitados; ojos de animales presas del pánico.

Pánico. ¿De qué? Me giro con la esperanza de encontrar a alguien cuerdo, alguien que me diga que no pasa nada, que todo va bien. En lugar de eso veo a un hombre que corre, la cabeza vuelta por encima del hombro, ignorante de la barandilla plateada hacia la que se precipita. Sus pies abandonan el suelo, pierde el equilibrio y cae patas arriba, las suelas de los zapatos apuntando hacia el techo. Los gritos no ahogan el golpe sordo de su cuerpo.

Me tapo la boca con la mano. Vuelve a ocurrir. Una mujer se cae pese a la barandilla. Su bolso beis vuela por los aires, unas monedas y unas llaves salen disparadas con un brillo plateado. El bolso, un molinillo que gira en el aire, desaparece abruptamente de la vista.

Cae más gente, así que fijo la mirada en los tragaluzes que enmarcan el radiante cielo azul.

Un niño llama a su madre. Su voz me traspasa y me devuelve a la histeria. Grita otra vez: *¡Mamá, MAMÁ!*, pero hay demasiado ruido, demasiadas siluetas borrosas para localizarlo. Mis pies, entumecidos, me arrastran hasta el borde, donde me aferro a la fría barandilla de metal que debiera proteger a la gente. Los cuerpos se amontonan abajo, retorcidos, quietos.

Me aparto y vuelvo a la zona central conteniendo las arcadas a duras penas.

Hasta la gente que no me ha visto esquiva a C. Lyle; ellos también corren.

Como una onda que se extiende, una onda que nace de mi cabeza, la gente más alejada de mí se agarrota y después echa a correr. Muchos gritan. Algunos, al igual que yo, se tapan la boca para impedir que los alaridos se escapen. Solo entiendo fragmentos de lo que dicen: «¡Ayúdenme, qué pasa, mamá, dónde estás, por favor, por favor, que alguien me ayude!».

C. Lyle, ya de pie, se tambalea como un borracho, su cinturón tintinea mientras él se dirige dando tumbos hacia las escaleras mecánicas. Está a punto de tropezar y caerse sobre dos personas enredadas en el suelo. Los dos últimos que quedan. Los veo desembarazarse el uno del otro y separarse. Respiran a boqueadas. Uno de ellos se levanta y corre escaleras abajo. El otro gatea arrastrando la pierna derecha. Lo último que veo es una bota de trabajo que araña el borde del escalón superior.

En algún lugar de la zona de restaurantes se cae una bandeja. Una bebida se esparce por el suelo.

Al principio parece que la planta está vacía, excepto por las bolsas y las bandejas que la gente ha dejado atrás.

Pero no estoy sola.